

Una nueva visión del animal.

Santiago Aragón Albillos

Profesor titular de Zoología de la Universidad Pierre et Marie Curie (París 6, Francia)

Es evidente que de un mismo hecho, de una misma cosa o de un mismo gesto se pueden hacer varias interpretaciones. No se me ocurre mejor ejemplo para ilustrarlo que el que me relató Jean-Marc Drouin, historiador de la ciencia del Museo Nacional de Historia Natural de París. Con su característico verbo poético me narró una anécdota simpática e ingenua que tuvo ocasión de presenciar ante el monumento a Bernardin de Saint-Pierre, naturalista francés del siglo XVIII. Al que fuera intendente del Jardín de Plantas de París se le representa sentado en un banco, con la cabeza apoyada sobre su mano derecha mientras que con la izquierda sujeta un ejemplar de su obra más emblemática, “Les études de la Nature”. Bernardin de Saint-Pierre estaba convencido del carácter benefactor de la naturaleza, a la que comparaba con una madre cuidadosa que aporta todo lo necesario para la felicidad de sus criaturas. Por eso, el escultor lo plasmó con un aire distraído, despreocupado, entre adormilado y absorto. La cabeza reclinada sobre la mano diestra acentúa el ademán. Pero el tiempo pasa y, junto al monumento, Drouin oyó a un niño curioso que preguntaba a su madre. Su pregunta no fue “¿en qué piensa ese señor?”, su pregunta fue ¿con quién habla ese señor? Al parecer, hoy en día, un niño de apenas seis años reconoce mejor la mímica de una llamada telefónica que la de una ensoñación.

No hace mucho, una concurrida manifestación de cazadores recorría un buen tramo del Paseo de la Castellana, en Madrid. Reunidos bajo el lema “Por el campo, la caza y la conservación”, los asistentes protestaban por la reciente aprobación de la Ley del Patrimonio Natural y la Biodiversidad, disposición que, según ellos, margina no solo a los cazadores sino a toda la gente de campo. Cuesta creer que una ley que persigue la protección y la gestión racional del patrimonio natural pueda crear un conflicto de interés. Sin embargo, así ha sido y la protesta no se ha hecho esperar. El estupor es aun mayor si se tiene en cuenta que ambas partes tratan de apropiarse de la misma y sana intención: la conservación. ¿Estamos hablando de lo mismo? ¿Existe un problema de interpretación?

En París, lejos del popular estadio Santiago Bernabéu frente al que se dieron cita los manifestantes, existe una fundación que lleva el nombre de Casa de la Caza y de la Naturaleza (Maison de la Chasse et de la Nature). Dos frases resumen sus objetivos en la introducción de su página Web: “Desde los orígenes del hombre, la caza y la naturaleza han estado íntimamente ligadas. La misión de la Fundación consiste en hacer descubrir o redescubrir esa armonía de los primeros tiempos”. Una visita al museo de la corporación me pareció tentadora para tratar de entender la aparente paradoja de la que acabo de hablar. Lo que a partir de aquí expongo no son más que impresiones personales inspiradas

por la contemplación de los objetos expuestos y por la lectura de las informaciones que guían al visitante en su recorrido.

El Museo de la Caza y de la Naturaleza está ubicado en pleno centro de París, en el barrio de Le Marais, muy cerca del conocido Museo Picasso. Las colecciones se reparten entre el Hôtel Guénégaud y el Hôtel Mongelas, dos palacios contiguos edificados a mediados del siglo XVII. Sus fondos están formados por un rico conjunto de armas, obras de arte de temática cinegética y trofeos reunidos a lo largo de sus vidas por el industrial François Sommer y su esposa Jacqueline. Inaugurado en 1967, el inicialmente conocido como Museo de la Caza cerró sus puertas en 2005. Fue víctima del paso del tiempo y del rechazo que la temática desarrollada provoca en buena parte del público, sobre todo si este es tan urbano como el que deambula por el centro de París. A partir de ese momento la Fundación encaró una profunda renovación y dos años más tarde, en febrero de 2007, reabrió sus puertas. Esta vez lo hizo con la desafiante apelación de Museo de la Caza y de la Naturaleza, dos nombres yuxtapuestos listos para despertar posturas encontradas y, con frecuencia, apasionadas.



La visita al museo se organiza en torno a dos grandes bloques temáticos. El primero de ellos gira alrededor del arte y la caza y reúne pinturas y esculturas fechadas entre los siglos XV y XX. Las obras de artistas como Chardin, Desportes, Snyders, Teniers o Boel ponen en evidencia la fuerte presencia del imaginario cinegético a lo largo de toda la historia de la creación artística. El tratamiento museográfico se aproxima al de los museos de arte e historia y persigue el goce estético. En el segundo apartado, llamado “La imagen del animal”, se desafía al visitante y se replantea de manera contundente la noción de la animalidad en nuestros días.

Para empezar, baste decir que la denominación de las diferentes salas ya resulta sorprendente. Acostumbrados como estamos a los discursos cronológicos y antropocéntricos, llama la atención comprobar que en este museo el protagonismo recae en el actor olvidado, en el animal, unas veces víctima y otras aliado del cazador. Cada una de las estancias dedicadas a los animales presa, como las del ciervo, el jabalí o el lobo, están presididas por un ejemplar macho bellamente naturalizado, señor absoluto en un decorado ajeno. Por el contrario, en las dedicadas a los animales auxiliares, como el perro o el caballo, las evocaciones se realizan de manera indirecta, mediante cuadros, fotos o esculturas, como si el reconocimiento hacia el compañero fiel impidiera la exhibición directa de sus despojos.

Los protagonistas de las principales salas son piezas venatorias europeas, profundamente ancladas en una tradición local. Sobre cada uno de ellos se construye un discurso plural que trata de presentarlos simultáneamente como seres vivos, como referente cultural y como trofeo. La sala del ciervo, por ejemplo, incluye un pequeño gabinete en el que se muestra la forma de las huellas dejadas por el animal sobre los sustratos blandos, el aspecto de sus excrementos o el desarrollo de la cuerna en los machos. Al mismo tiempo, un buen número de obras de arte hacen referencia al mito de Artemisa y Acteón. La diosa, virginal protectora de la caza, sorprendió a Acteón espiándola mientras se bañaba en un río acompañada de su séquito de ninfas. Celosa de su intimidad y airada por la desfachatez del mortal cazador, le transformó en venado y azuzó a sus propios perros contra él. Incapaz de reconocer a su amo pese a sus gritos desesperados, la jauría terminó devorándolo. El mito, además del carácter vengativo e iracundo de las diosas del Olimpo, deja claro el hondo arraigo de la caza del ciervo en nuestra cultura occidental. En la sala del lobo se analiza la siempre difícil convivencia con el cánido. Historias como la de Caperucita Roja dan buena fe de su mala reputación, estigma que le acompaña desde la Edad Media. La fuerte mortandad provocada por pestes y hambrunas favoreció entonces los encuentros desgraciados entre lobos y humanos, episodios que nutrieron la leyenda negra del animal.

Cuando el recorrido ya está más que mediado, el visitante entra en una gran sala denominada de los trofeos. De sus muros cuelgan multitud de cabezas naturalizadas sobre peanas de madera. En su mayoría se trata de testas de rumiantes macho bellamente ornadas de cuernos y cuernas. Las

amenazantes cabezas de felino recuerdan que no son sólo los herbívoros las presas de un cazador. De repente, en ese espacio aséptico de paredes blancas, uno se siente desubicado y sin referencias. La diversidad de las especies expuestas es tal que se necesitan cartelas informativas para aclararse del nombre del animal y de su procedencia geográfica. Aquí no hay historias asociadas, no hay leyendas. Los animales se convierten en simples objetos decorativos con escasa carga semántica, en meras representaciones de lo exótico y del poder colonial.

Entre todos los trofeos uno llama poderosamente la atención. Se trata de un jabalí albino, una especie fácilmente reconocible pese al extraño color del pelaje del ejemplar en cuestión. La sorpresa llega tras comprobar que, al acercarnos, los ojos del animal comienzan a desplazarse de un lado a otro escrutando a los humanos que se mueven ahí abajo. El supuesto trofeo resulta ser falso, un logrado autómatas de peluche obra del escultor Nicolas Darrot. Más allá del sobresalto y del humor, la presencia del impostor basta para poner en entredicho la razón de ser del resto de los trofeos. ¿Por qué cosificar la vida? ¿No es mejor vivificar las cosas?

Sin duda alguna, las especies exóticas que llenan las paredes de la sala de trofeos habrán dado origen a historias asombrosas de sobra conocidas por las culturas locales, por las gentes que conviven con los animales en cada rincón del planeta. Pero en París, deslocalizados y reducidos a sus cabezas, los ejemplares parecen sometidos. Por eso, el nombre de la siguiente estancia hace esperar lo peor. Al penetrar en el Gabinete de los Monos uno teme descubrir un nuevo muestrario de seres naturalizados, aun más turbador si cabe por tratarse de especies tan parecidas y cercanas. Sin embargo, en ese preciso instante se produce el cambio radical y definitivo del discurso museográfico. El visitante, que hasta ahora ha sido un simple observador ávido de conocimiento, comienza a ser cuestionado. Ni un solo primate disecado, únicamente una mesa lista para la merienda en el centro de la sala y un montón de fotos sobre las paredes, instantáneas en las que se pueden ver chimpancés merendando chocolate y empleando tazas, cucharas y servilletas. ¿El animal se humaniza? ¿El ser humano se animaliza? En cualquier caso, el público recupera de golpe el lugar que le corresponde, el de una posibilidad más entre las muchas que componen la diversidad de esa porción de lo vivo que, desde antaño, se conoce como Reino Animal.

El recorrido de la última sala se convierte en un auténtico examen de conciencia, en un revulsivo para el elemento díscolo de la Naturaleza. ¿Cuál es el papel de los animales en la sociedad contemporánea? ¿Qué relación tenemos con ellos? Las propuestas son múltiples y todas desafiantes. Nuevos gabinetes presentan especies como la liebre o el zorro, piezas tradicionales del cazador europeo, y recuerdan cómo la caza, cueste o no aceptarlo, es una de las actividades que más vinculan al hombre con su medio natural. Tal vez por eso, bajo uno de los bancos puestos a disposición del público para su

reposo, un buen observador puede descubrir un tímido corzo naturalizado, agazapado, a la espera de ser ¿abatido?, ¿indultado?

Domina el centro del espacio una columna truncada de madera. En su interior, un logrado juego de espejos perpetúa al infinito la imagen de una gallina ponedora confinada en una exigua jaula. La explotación a la que son sometidas numerosas especies animales provoca vergüenza. Por eso, el trampantojo del animal y sus réplicas, obra del escultor Pascal Bernier, solo puede verse de cerca y desde lo alto. Permanece oculto a la mirada de un niño, demasiado bajo para descubrirlo, demasiado inocente para comprenderlo.

Sobre una de las paredes se proyecta el video de un desfile de alta costura en el que las modelos avanzan acompañadas por perros minúsculos ridículamente vestidos. El exceso de celo y un mal entendido amor despojan al animal de su dignidad de ser vivo y lo reducen a un mero objeto de lujo y ostentación. Una gran foto de un bosque templado cuelga al otro lado de la sala. La vegetación tupida impide la observación de los animales pero, con toda certeza, muchos viven en semejante espesura. Frente a la foto, un velo blanco difumina y delimita la instantánea. Marca el límite entre los humanos y esos trozos de naturaleza virgen que, generosamente, dejamos al margen de toda especulación, fragmentos cada vez más pequeños, más aislados, a todas luces insuficientes.

Al concluir la visita, un último texto plantea de forma directa las preguntas que molestan. ¿Cómo puede definirse la “animalidad” frente al concepto de “humanidad”? ¿La diferencia entre ambos radica exclusivamente en la conciencia de la propia muerte? Si las diferencias no son tan sustanciales, ¿los derechos del animal son distintos de los derechos del hombre?

De forma natural, la especie humana desempeña un papel de depredador omnívoro en el conjunto de la naturaleza, de igual forma que es hospedadora potencial de numerosos parásitos. Por eso, tradicionalmente, el ser humano ha tenido una percepción utilitarista de la naturaleza. Desde esa perspectiva, siempre parece haber sabido cuál era el papel del resto de las criaturas. Ya se tratara de especies de compañía, exóticas, míticas o de simples fuentes de proteínas, los animales siempre han estado al servicio de las sociedades humanas. Pese a todo, a lo largo de la historia, una tensión entre el hombre y el animal se ha ido instalando progresivamente a medida que aquel modulaba la percepción de este último. Al ser consciente de su propio final, el ser humano también es capaz de cuestionarse la existencia del resto de las criaturas y eso, irremediablemente, genera un conflicto moral.

Hoy en día, la tradicional y dañina distinción entre animales útiles y perjudiciales parece en parte superada. Incluso el empleo de términos como bestia o alimaña resulta del todo incorrecto. Sin embargo, tal vez solapadamente, continuamos en la misma dinámica utilitarista y discriminatoria.

Tenemos animales estrella que tranquilizan nuestras conciencias. Sabemos, por ejemplo, cuántos lince hay y dónde están en cada momento. Junto a ellos, disponemos de esclavos por los que apenas nos preocupamos. En Francia, cada año, treinta millones de pollos de oca son machacados tras la eclosión para hacer piensos o abonos. Por desgracia para las hembras de esta anátida, su hígado resulta ser menos apto para la fabricación del apreciado foie-gras que el de los machos y es, por tanto, desechable, como el resto del animal.



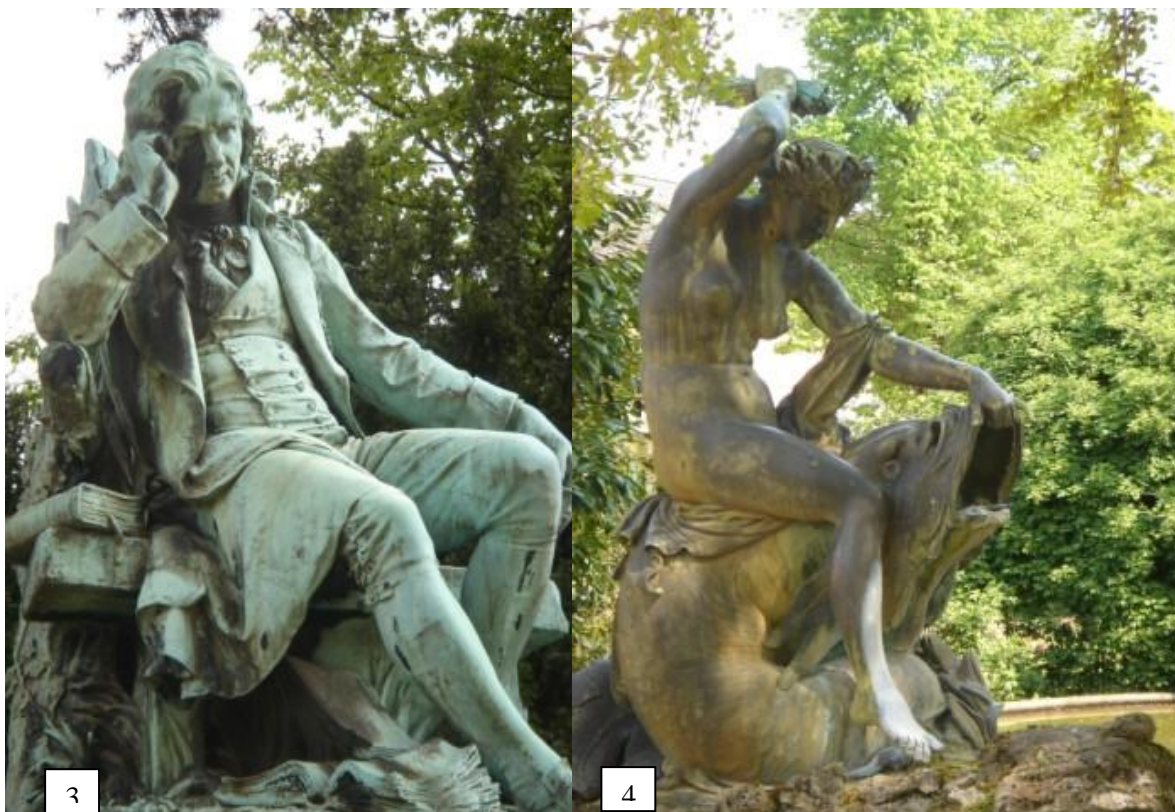
Y la tensión no deja de aumentar. Cada vez son más las voces comprometidas en desenmascarar la desidia humana. Puedo apostar, sin temor a equivocarme, que hoy son muchas más las personas contrarias a la caza que las partidarias. Se podría pensar que esa toma de conciencia surge del trato directo con el animal. Sin embargo, en las sociedades occidentales la población cada vez tiene menos contacto con la fauna. Si exceptuamos las mascotas, el conocimiento que se tiene del animal es indirecto, ha sido adquirido a través de libros, fotografías y documentales. ¿De dónde viene pues esa empatía? En ese complejo esquema de convivencia, una nueva conciencia parece abrirse paso poco a poco aunque de forma decidida. A medida que se progresa en el conocimiento global del planeta y de sus amenazas, los animales, más que como seres a nuestro servicio, son percibidos como compañeros de viaje. Problemas como el del calentamiento de la atmósfera y el cambio climático asociado nos van a perjudicar a todos. Somos conscientes de que, en esta aventura, o nos salvamos todos o juntos nos vamos a pique. La actividad humana ha puesto en peligro la totalidad del ecosistema y tal certitud

genera culpa. Frente a esta nueva situación, el animal nos parece una víctima inocente, como la infancia en las guerras.

Esta etapa ya tiene su símbolo. No hay nada que ilustre mejor el peligro que se cierne sobre el planeta Tierra que la imagen de un oso polar desvalido en una banquisa cada vez más reducida. La especie, antaño competidora de los colonos y, por lo tanto, considerada peligrosa y dañina, se convirtió con el tiempo en útil y apreciada por la calidad de su piel y por los pingües beneficios que su venta procuraba. Hoy en día, el oso polar es la víctima ejemplar del despilfarro humano. La bestia feroz ya no inspira temor sino compasión.

Una vez finalizada la visita al museo, de nuevo en el exterior, la calle se llena de animales. En ciertos lugares, a determinadas horas, los perros son casi tan numerosos como las personas. Con frecuencia no son los perros, sino sus incómodos excrementos los que nos hacen pensar en su abundancia y en la irresponsabilidad de muchos dueños, incapaces de adoptar el mínimo comportamiento cívico. Las palomas y los gorriones se han vuelto omnipresentes y cada vez les cuesta más levantar el vuelo. Incluso llegan a robar con descaró el pan en las terrazas de los bares. Más allá de su presencia, las referencias al animal van surgiendo a cada paso. En los pasillos del metro de París numerosos paneles anuncian el próximo Salón de la Mascota, evento que, además de los tradicionales perros y gatos, promocionará nuevas especies de compañía como los conejos, las iguanas, los canguros o los búhos. La publicidad le da un nuevo giro de rosca a la fusión entre la animalidad y la humanidad. Sobre unos carteles enormes, un león con cuerpo de humano o, quizá, un humano con cabeza de león, simboliza al ejecutivo eufórico que acaba de consumir un complemento vitamínico indispensable para poder soportar el estrés urbano. No lejos de allí, la foto de un discreto hámster parece representar el colmo del bienestar, con sus abazones bien repletos de comida y unos auriculares conectados a su diminuto reproductor musical.

No cabe duda, la imagen del animal está cambiando. Pese a todo, el trato con ellos siempre generará conflictos, aunque sólo sean los derivados de la competencia por los recursos. De hecho, muy pocas personas poseen legitimidad suficiente para criticar a otras al respecto, ya sea porque consumen carne o porque permanecen de brazos cruzados, sin tan siquiera plantearse preguntas. El hondo arraigo cultural de tradiciones como la caza queda fuera de toda duda. Si alguien se lo cuestiona le recomiendo una visita al Museo de la Caza y de la Naturaleza de París



Sin embargo, en esta nueva visión de la Nave Tierra cada vez cuesta más asimilar determinadas cosas. Por ejemplo, ese tiro, ese tránsito de la vida a la muerte anhelado por el cazador. Resulta difícil justificar el pretendido espectáculo del sufrimiento y la muerte de un toro en una plaza. Sin tratar de conferirle un sentido peyorativo al adjetivo, ambos actos son percibidos como comportamientos atávicos, arcaicos, por un número creciente de personas. La página web de la Casa de la Caza y de la Naturaleza prometía “hacer descubrir o redescubrir esa armonía de los primeros tiempos”. Tras la visita atenta de su museo he logrado entender, pero no consigo comprender. La armonía no puede ser la misma puesto que aquellos primeros tiempos quedaron atrás.

Justo enfrente de la estatua de Bernardin de Saint-Pierre hay otra titulada “Ninfa torturando a un delfín”, obra de Joseph Felon. Aunque la morfología del animal recuerde más a la de una carpa que a la de un delfín, de lo que no cabe duda es de que la ninfa, efectivamente, lo está atormentando. La fémina cabalga a lomos del animal sujetándolo torpemente por la boca. Mientras, con la otra mano, lo fustiga con un manojo de algas. Seguro que el niño de apenas seis años al que hacía referencia al inicio del artículo reconoce en esta imagen el maltrato al animal. Todos somos capaces de hacerlo.

Imágenes

Foto 1: puerta de entrada al Museo de la Caza y de la Naturaleza de París

Foto 2: cartel publicitario en el que la "humanidad" y la "animalidad" se mezclan en una quimera hombre-león rebosante de energía

Foto 3: escultura del naturalista francés Bernardin de Saint-Pierre, en el Jardín de Plantas de París

Foto 4: escultura titulada "Ninfa torturando un delfín" que se puede ver en el Jardín de Plantas de París

Fuente original:

Una nueva visión de los animales : la humanidad frente a la animalidad / Santiago Aragón Albillos .- Quercus, n.271 (septiembre 2008).- p. 36-42